

*Óscar Fernando Ardila Rincón\**

APROXIMACIÓN HERMENÉUTICA  
A LA FÁBULA DE LAS ABEJAS,  
DE BERNARD MANDEVILLE,  
DESDE LA CLAVE DE LO INMORAL  
EN *EL SEÑOR DE LA GUERRA*

---

HERMENEUTIC APPROACH TO BERNARD MANDEVILLE' *THE FABLE  
OF THE BEES*, FROM THE KEY TO IMMORALITY IN *LORD OF WAR*

ABORDAGEM HERMENÊUTICA DE A FÁBULA DAS ABELHAS, DE BERNARD  
MANDEVILLE, DESDE A CHAVE DO IMORAL EM *O SENHOR DA GUERRA*

---

---

\* Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad Santo Tomás. Magíster en Filosofía Latinoamericana. Docente Universidad Santo Tomás (Villavicencio).  
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3751-8861>. E-mail: [oscardilar@usantotomas.edu.co](mailto:oscardilar@usantotomas.edu.co).

La película *El señor de la guerra*, del director Andrew Niccol (2005) y protagonizada por Nicolas Cage, simula las conexiones evidentes entre la guerra, la política y la economía, mostrando diferentes facetas de la ambición humana a través de personajes ficticios, cuyo parecido con la realidad no deja de ser sorprendente. De hecho, la película se inspiró en el caso del traficante de armas Viktor Anatolyevich.

Yury Orlov, nombre inventado por el mismo Cage para darle vida a su personaje, es un inmigrante que se instala en Estados Unidos e incursiona de manera paulatina en el mercado negro de las armas, aprovechando aparentes vacíos jurídicos, además del caos generado a escala mundial tras el fin de la Guerra Fría y la inminente caída de la Unión Soviética, a raíz de lo cual quedaron en manos de los traficantes de la guerra más de veinte millones de armas que desaparecieron de las bodegas de los nuevos países que se desprendieron de la URSS. Es importante mencionar que existen datos de diferentes fuentes que confirman la manera en que todo el banquete armamentístico se sirvió para alimentar no solamente a mercenarios particulares, sino también a los Gobiernos más poderosos que no podían usar su “buena fama”, pero sí aceptaron la ayuda de hombres como Orlov que no dudaron en surtir a las guerrillas y en sembrar muerte en países de África, y según se dice, de Centroamérica y Suramérica (incluida Colombia).

En este contexto, el protagonista narra en primera persona, como en una especie de diario personal, todo su trasegar, dejando en evidencia los pormenores y posibles dilemas a los que se ve abocado un mercader de la guerra. Desde las rutas, los intercambios, la manera en que se hacen los tratos e incluso las relaciones entre los traficantes y los presidentes de países subdesarrollados, hasta los conflictos personales y familiares que terminan haciendo que su esposa, una afamada modelo, y sus padres lo abandonen.

Yury tiene un antagonista que representa a la ley: el agente Jack Valentine (estelarizado por Ethan Hawke), quien lo persigue por todos lados y de quien parece mofarse cada vez que logra eludirlo con alguna “triquiñuela legalista”. *El señor de la guerra* resulta ser una pintura en technicolor que desnuda la cara poco amable pero necesaria de un negocio que ayuda a mantener los equilibrios invisibles del orden mundial.

El relato fílmico es un pretexto para recordar *La fábula de las abejas*, de Bernard Mandeville, un texto de 1714 que cuenta la vida nada virtuosa de una colmena en donde la deshonestidad, el fraude y la injusticia son el pan diario que alimenta la decadencia de sus valores, pero en la cual algo llama la atención y es que en medio de esta dinámica caótica florece una economía en que “los vicios de los particulares contribuyen a la felicidad pública” erigiéndose, pese a sus vicios, en una sociedad poderosa y fuerte.

Ese parece ser el modelo de sociedad que se lee entre líneas en *El señor de la guerra*. Los espectadores deben recordar la escena final en la que después de miles de intentos Jack Valentine logra apresar a Yury Orlov por una serie de cargos que dan para varias cadenas perpetuas seguidas. Al final, frente a frente, la ley se encuentra con la ilegalidad y se sostiene un diálogo, o más bien un monólogo, que termina siendo la cereza en el pastel de un final que no podía ser de otra forma debido a la naturaleza de la lucha de poderes en que el dinero y la deshonestidad del aparato burocrático permea a todos los representantes del orden (Niccol, 2005, 1:49:00-1:53:35):

Orlov: Solo hay dos cosas trágicas en la vida, una es no conseguir lo que quieres y la otra es conseguirlo. Jack Valentine consiguió al fin lo que quería [...]

Valentine: ¿Has leído el periódico hoy? Falsificación de documentos, empresas fantasma con

una contabilidad minuciosa. No hay caudillo, tirano, dictador o déspota en el mundo con el que tú no hayas tratado. Ha sido tu mujer, mujer trofeo, la que nos ha llevado hasta el premio y no por ella, es más fácil seguirla que a ti.

Orlov: Disfruta.

Valentine: ¿De qué?

Orlov: ¡De esto! Dime que soy todo lo que desprecias, que soy el demonio en persona, que soy responsable del desmoronamiento del tejido de la sociedad y del orden mundial, el genocidio hecho carne. Dime ahora todo lo que quieras porque no hay mucho tiempo [...] mi familia me ha repudiado, mi mujer y mi hijo me han abandonado, mi hermano ha muerto. Créeme, comprendo perfectamente la gravedad de mi situación, pero te aseguro que no pasaré ni un segundo en los tribunales. [...] Déjame contarte lo que va a pasar, así podrás irte preparando. Pronto llamarán a esa puerta y te dirán que salgas. Habrá un hombre que te superará jerárquicamente, pero te felicitará por lo bien que lo has hecho. Dirá que estás haciendo del mundo un sitio más seguro, que van a concederte una distinción y a ascenderte y después te dirá que tienes que soltarme. Tú montarás en cólera, seguramente le amenazarás con dimitir, pero al final, me soltarán. La razón por la que me soltarán es la misma por la que tú crees que me van a condenar. Yo me codeo con algunos de los hombres más viles y sádicos que se hacen llamar líderes en la actualidad, pero algunos de esos hombres son los enemigos de tus enemigos, y como el mayor traficante de armas del mundo es tu jefe, el presidente de Estados Unidos que envía más mercancía en un día que yo en un año.

A veces es un poco violento que estén sus hue-llas en las armas, a menudo necesita un *freelance* como yo para abastecer a fuerzas a las que no

le pueden ver abasteciendo, así que ya puedes decirme que soy un mal, pero por desgracia para ti soy un mal necesario.

La sociedad de los males necesarios, esa es la parábola que se puede apreciar en *El señor de la guerra*, una historia que recrea la realidad que Mandeville hace poco más de trescientos años se atrevió a describir, una sociedad que defiende el hampa y los negocios turbios, pues forman parte del quehacer que mantiene viva la economía. Una moraleja cierra la fábula mandevilliana: “Dejad, pues, de quejaros: solo los tontos se esfuerzan por hacer de un gran panal un panal honrado. Fraude, lujo y orgullo deben vivir, si queremos gozar de sus dulces beneficios” (Mandeville, 1982, p. 21).

¿Quiere acaso decir Mandeville que, tanto en su época como en la nuestra, la mala vida proveniente de los comportamientos no virtuosos se termina imponiendo? ¿A lo mejor tendremos que vernos abocados a elegir entre dos males el menos malo? La reflexión es válida para todos los aspectos de la vida y tiene unas implicaciones que valdría la pena no perder de vista; y sobre todo, sería interesante vincular la ética y la política a estas discusiones en aras de insistir en algo importante: no debemos reducir la vida y la experiencia humana a lo meramente instrumental.

Finalmente, el autor neerlandés, médico psiquiatra de profesión, nos presenta un texto de una riqueza literaria que generó polémica en su tiempo, pero que hoy nos pone a pensar en temas de actualidad referentes al comportamiento de nuestros políticos e incluso del *ethos* de los individuos.

Desde una perspectiva actual, queda la impresión de que los vicios privados se han convertido en una justificación de los beneficios públicos, y la sensación de que la capacidad para reconocer los errores deviene en un detrimento intencional claramente direccionado a legitimar el actuar inmoral de algunas figuras públicas; todo lo anterior en pos de

la defensa de “la institucionalidad” en la cual la gente viene, progresivamente, dejando de creer.

¿Qué se le puede deparar a una sociedad que elige no a los mejores y virtuosos, sino a los inmorales? ¿Qué ocurrirá si las decisiones siguen siendo tomadas por los señores de la guerra?

En conclusión, *El señor de la guerra* es una película que permite establecer una aproximación al complejo mundo de los llamados *mercaderes de la muerte o de la guerra*. A través del desarrollo de sus personajes, se logra apreciar la mimesis de estos con la vida real, en la que se ha vuelto común la justificación de lo inmoral mostrado por medio de todos aquellos actos necesarios para la estabilidad de las instituciones, de la libertad, de la igualdad y, en último término, de la democracia, la mal entendida democracia. Esta moraleja permite hacer un parangón entre el texto cinematográfico y *La fábula de las abejas*, cuya historia mantiene vigente la reflexión en torno a si los vicios morales pueden convertirse en una condición *sine qua non* para el triunfo y la prosperidad de la sociedad.

---

## REFERENCIAS

- Cortina, A. (2013). *¿Para qué sirve realmente la ética?* Paidós.
- Mandeville, B. (1982). *La fábula de las abejas* (J. Ferrater Mora, trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Niccol, A. (Director). (2005). *El señor de la guerra* [película]. MGM.